

Prólogo

Daniela Salgado Gutiérrez

La educación es siempre presente, pasado y futuro. Encierra un misterio, pues su objetivo es el ser humano. Por ello, la educación hay que pensarla; no constituye un asunto resuelto, no puede explicarse en una lista de «tips» y consejos a pesar de ser un saber práctico. Y sin embargo, lo es en la medida en que no sirve si no educa, si no se aplica, si no se traduce en acción. Nadie se educa por estudiar mucho de educación y nadie sabe educar solo por poder definir muy bien la educación. La educación es un saber práctico porque requiere de un conocimiento profundo pero que sea capaz de hacerse vida; requiere una comprensión clara pero que sea capaz de dialogar con las circunstancias, de abrirse a ellas, de entender, de respetar la realidad y de crear.

En este libro, hemos querido ofrecer un diálogo con algunos de aquellos temas que siguen estando sobre la mesa de la educación. De la mano de grandes profesores universitarios, provenientes de diferentes instituciones y países, reflexionaremos sobre temas y cuestiones esenciales de la educación. Que, si bien siguen siendo vigentes y actuales, están desde el comienzo de la educación porque se anclan a su objeto y a su fin: el ser humano y su humanización. Es así como a lo largo de las siguientes páginas, podremos

repensar la educación y especialmente la educación universitaria para suscitar ideas que se traduzcan en objetivos concretos a nivel personal, profesional e institucional.

Cada época plantea diferentes retos pero también nuevas oportunidades. El Dr. Jesús Amaya, con la experiencia docente de hace más de 35 años, nos ayuda a ir distinguiendo esas características, propias de la generación actual de universitarios, que presentan nuestros estudiantes y que debemos conocer para acercar procesos de desarrollo adecuados a su realidad. Para ello, es preciso acercarnos a los estudiantes con una mirada amplia y con un lente de largo alcance. Nuestros estudiantes son sus ilusiones, sus habilidades, sus hábitos, sus expectativas, su forma de comunicación, su familia, sus principios, sus intereses. Todo ello, lo vemos manifiesto en el aula y no podemos ser indiferentes. No podemos pretender los resultados de hace dos generaciones aplicando los métodos de antaño porque las generaciones han cambiado y así como el alumno se transforma, igual ha de transformarse el docente.

Un aspecto clave en donde vemos reflejado este cambio generacional, lo podemos encontrar en una de las capacidades humanas fundamentales del proceso educativo: la capacidad lectora. La lectura, es la llave de entrada al pensamiento. El pensamiento funciona a base de palabras, el lenguaje es el requisito base para el desarrollo de las capacidades intelectuales. Ser capaz de comprender un texto, de estructurar una idea, de sintetizar la información, de separarla y clasificarla analíticamente para luego poderla incorporar al propio pensamiento para hacer uso de ella, es indispensable en todo profesional. La universidad debe ser un espacio donde estos procesos se estimulen y potencien. La cantidad de información a la cual tienen hoy acceso los universitarios, es abrumadora; y lo es más aún, en la medida en que no se cuentan con las habilidades para hacerla propia, para integrarla y evaluarla. A lo largo del segundo capítulo, la Dra. Pelusa Orellana, nos ofrece un panorama

global de lo que supone la capacidad lectora en el ámbito universitario y a su vez nos permite conocer el caso particular de los estudiantes chilenos. Adicionalmente nos habla de cómo podemos los profesores universitarios acortar esa brecha entre lo que se espera sea capaz de lograr el universitario en este ámbito y las habilidades con las que llega a este nivel educativo.

Cuando pensamos en la educación superior, existe una pregunta clave que debiéramos hacernos en las universidades, ¿educamos para la vida o educamos para una profesión? Personalmente pienso que la educación, en cualquiera de sus niveles educativos, debe ser una ayuda al crecimiento personal, al desarrollo integral del ser humano. Sin duda cada nivel educativo encierra sus propios objetivos acordes a la etapa de desarrollo y por ello cada uno es importante e insustituible. Pero ninguno de ellos agota la tarea educativa. El gran propósito de la educación es la humanización del ser humano y con ello, de la sociedad. Nuestro objetivo es hacer de este mundo un espacio cada vez más humano, donde lo humano sea el tono de cada una de las relaciones de las que el ser humano participe. Es preciso sembrar esta perspectiva en nuestros alumnos universitarios, pues no solo serán abogados, ingenieros, contadores, médicos, pedagogos, psicólogos o sociólogos; serán ciudadanos y, para serlo, no basta con una credencial para votar. Es apremiante despertar y formar una conciencia ciudadana, no solo desde una perspectiva local. La Dra. Concepción Naval, el Dr. Ignacio Quintanilla y el Dr. Juan Luis Fuentes, nos llevan por un recorrido histórico breve para hacernos caer en la cuenta de cómo los procesos de globalización que hemos ido viviendo los seres humanos y las naciones, demandan de nosotros una consideración global de la humanidad, de sus procesos políticos, económicos y sociales; y de un compromiso con su crecimiento. Ningún profesional, con independencia de su campo laboral, puede ser indiferente a este llamado. Es nuestra responsabilidad for-

talecer las instituciones públicas y sociales, de fortalecer el tejido social y comunitario; de buscar acotar las grandes diferencias económicas y sociales, la pobreza y el hambre extrema que aún están presentes en tantos países. No basta con diseñar nuevas estructuras orgánicas, es preciso trabajar para generar una nueva cultura, para formar una conciencia ciudadana global y para ello hace falta educación; hace falta reflexionar sobre conceptos que son claves y que nos dan pistas a los profesores sobre cómo guiar ese proceso de educación ciudadana desde la Universidad.

A partir de lo que hemos apuntado hasta aquí, podemos afirmar que la educación universitaria no solo prepara para un campo laboral, prepara a hombres y mujeres que han de marcar el rumbo de la humanidad y han de facilitar espacios donde sea posible la realización plena de cada ser humano, para que cada uno sea capaz de liderar su realización personal y la de los otros. El Dr. Miguel Ángel Rumayor vuelve sobre uno de los referentes clásicos de la educación, Ortega y Gasset, para poner sobre la mesa un concepto que desde hace varios años ha estado presente en este ámbito: el liderazgo. ¿Es preciso formar a los universitarios como líderes?, ¿líderes para qué?, ¿líderes por qué? ¿Es que acaso en medio de una atmósfera de aparente libertad absoluta, no resulta contradictorio pensar en una figura de conducción y promoción para los otros? ¿Será acaso la libertad y su educación, un concepto tabú tan simbólico y representativo de nuestro tiempo, que no termina por comprenderse del todo? Nuevamente volvemos a una de nuestras premisas iniciales, el ser humano es siempre lo mismo pero nunca el mismo. Es imposible renunciar, si verdaderamente se está comprometido con el ser humano, a educar en la libertad y para la libertad. Hay ideas y principios que no pasan de moda y que por el contrario son siempre un referente y una brújula para redireccionar el timón y por ello se convierten en clásicos. Por esta misma razón, es conveniente volver a ellos.

El viaje a lo largo de estos capítulos nos va conduciendo de manera muy natural a una cuestión central de la educación, que plantea un reto tan actual como antiguo, tan propio de los planteamientos modernos como de los de la antigua grecia. Vuelve a poner el dedo sobre dos renglones claves que son pilares de la ciencia educativa: la antropología y la psicología. Y lo son en la medida en que su centro de estudio es la persona. Y decimos persona y no individuo, porque el gran misterio lo encarna la manifestación humana a partir de la conducta y el mundo interior desde el cual cada ser humano dirige, conduce, y personifica su propia biografía personal. El Dr. Juan Andrés Mercado va trasportándonos entre los saberes de la filosofía antigua y de la psicología experimental, para hacernos caer en la cuenta de la dimensión del espíritu humano, sin supuestos idealistas sino reales, que resaltan que resaltan la realidad de ese espíritu humano encarnado y por lo tanto en la apremiante necesidad de entender el orden que le es debido y que debe buscarse a través de la educación. De este modo llegamos a uno de los planteamientos claves, establecido por Aristóteles: la armonización entre el sentir y el conocer, entre la dimensión afectiva y la cognoscitiva; cuya dilucidación es fundamento para la virtud. Esto me recuerda mucho una de las frases con las cuales Leonardo Polo ha definido la educación: «entusiasmar por lo bueno». Las propuestas modernas que hoy podemos encontrar en la psicología positiva y en la educación del carácter, parten del propósito de atender a este gran propósito, la armonización entre lo que se debe hacer y lo que nos place hacer. Lo que con varios siglos de distancia (y sus debidas diferencias y proporciones) se ha planteado como la búsqueda del hombre virtuoso ateniense, y la búsqueda del flow en el siglo XXI. ¿Es la búsqueda del bien o del placer lo que nos debe mover?, ¿es el miedo al castigo o la motivación hacia la recompensa lo que orienta con eficacia la conducta?, ¿son las meras conductas lo que definen a una persona o son sus

motivaciones?, ¿es cuestión de definir límites o de propiciar una autodeterminación? Preguntas tan antiguas como el ser humano, pero que siguen requiriendo reflexión porque intencionalmente o no, encuentran una respuesta en la acción educativa que ejerce cada educador.

Este mismo hilo argumentativo, pero ahora desde el ámbito de la reflexión sobre las política pública, nos lo ofrece la Dra. Marveya Villalobos, con su basta experiencia en este ámbito y con esa visión profunda y maximalista que le caracteriza respecto a la educación, nos invita a dialogar sobre una cuestión primordial. La utilización de un método analítico para el estudio del ser humano por ende de la educación, prácticamente siempre le comete una injusticia a la realidad porque no termina por abarcar ni mostrarla en su totalidad y amplitud. Toda problemática, sea cual sea su naturaleza, tiene diversas aristas. Esto es así, en parte, porque la realidad es relacional, tanto el ser humano como los fenómenos sociales; por ello, no podemos pretender comprender, y mucho menos ofrecer soluciones, desde perspectivas parciales o minimalistas, que reducen la realidad y que por ello no consiguen los resultados esperados. Este análisis lo traslada la Profra. Villalobos al de lo que se ha denominado la educación socioemocional; y nos propone con espíritu magnánimo no limitar la dimensión afectiva a una de sus expresiones, ni la acción educativa a la adopción de políticas sin que medie para ello una reflexión y una adaptación.

A lo largo de este apartado, volvemos a recordar que el ser humano es una unidad, que toda vivencia tiene una dimensión intelectual, afectiva y volitiva; cuya integración en la libertad es lo que faculta al ser humano para ser capaz y responsable de su actuar, del logro de su vida y de la humanización de la sociedad. Del mismo modo nos recuerda, a partir de su copiosa experiencia y conocimiento en el ámbito de las políticas públicas, que éstas, si bien son impulsadas a partir de los organismos internacionales, no

logran su propósito ni se concretan en la realidad si no es a partir de una implementación relacional de las mismas, es decir, de la articulación entre el sector público, las normas, las políticas y los reglamentos, los programas y su implementación; es decir, si no logramos que lleguen del papel membretado a la vida de los alumnos, mediando por el ejemplo y la figura del docente.

¿Estamos listos para generar una cultura distinta en torno a una educación no solo de las emociones sino de la afectividad en la integridad del ser humano? ¿Por dónde debemos empezar? Estas son las preguntas que nos surgen, o nos debieran surgir, cuando pensamos en la educación. Toda reflexión, debe conducirnos a la acción. El análisis teórico es siempre una oportunidad para redirigir la acción educativa, para evaluar, para pensar y sobre todo para reconducir, para innovar. Innovación sin reflexión sería, es mera ocurrencia; reflexión sin acción, es solo especulación. La innovación educativa requiere claridad, requiere comprensión sobre la educación, claridad sobre el modelo educativo que se tiene, sobre la misión y la visión de cada institución desde la que se pretenden realizar procesos de innovación. ¿Quién mejor que el Dr. David Istance para conducirnos hacia la innovación educativa? ¿Quien mejor que quien durante más de una década fue el responsable de la línea de investigación sobre Innovación Educativa en la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE)? Como decíamos al inicio de este apartado, la educación es un saber práctico pero es también actual, real. Para serlo, debe partir de la realidad, debe partir del contexto actual, debe considerar el tiempo, el espacio y las circunstancias en medio de los cuales ocurre, para poder dar respuesta a sus necesidades y dificultades. La respuesta, está precisamente en la innovación educativa; no como una mera ocurrencia, sino como un proceso sistemático, profesional y creativo que involucra a todos los agentes educativos. El Dr. Istance, nos comparte su experiencia en el estudio de procesos

innovadores orientados a la educación y con ello nos convoca a superar una costumbre ampliamente difundida: seleccionar y separar los diferentes niveles educativos. Con ello, nos plantea el reto a las universidades, de integrar esos niveles educativos y de cuestionarnos los métodos de enseñanza-aprendizaje a nivel universitario.. Me parece que esta invitación nunca resultó más actual y pertinente.

La universidad tiene que ser un continuum de la educación, no puede reducirse a una preparación profesionalizante, eso sería reducir al ser humano y minimizar el trabajo profesional. La tarea humanizadora y humanizante de la educación, no termina nunca y no puede enfocarse a un cierto nivel, a una cierta etapa o a un determinado aspecto humano. Debe integrar todas las dimensiones humanas para hacerlas dialogar con las circunstancias actuales y hacer que nos cuestionemos sobre los objetivos, métodos, estrategias y resultados que estamos pretendiendo y obteniendo. Somos nosotros, los profesores, quienes debemos liderar y conducir ese proceso reflexivo en torno a la educación –cada día más urgente–. Los datos actuales nos demuestran que el ser humano sigue siendo lo mismo, pero no el mismo en cada época. El entendimiento profundo de los aspectos antropológicos y psicológicos del ser humano, son un punto de partida fundamental para comprender el proceso educativo y ser capaces de desarrollar procesos innovadores en torno a él y resolver los grandes retos que cada época nos plantea.

Por qué hacemos énfasis en que nuestra tarea docente es de conducir, promover, suscitar? Porque es el alumno el que finalmente se forma a sí mismo, es él quien logra o no su aprendizaje y su crecimiento. Por ello la educación se dirige a formar esa autonomía en el alumno, porque de lo que se trata es de que sea capaz de conducir su propia vida a través de sus decisiones, y con ello se configure a sí mismo. Esta es la razón por la que hay una pregunta

que todos alguna vez nos hemos hecho o quizá -preferentemente- nos la hagamos varias veces durante un curso, particularmente al inicio -al planear- y a la mitad -cuándo vamos viendo si estamos yendo por buen camino-. Dicha pregunta es: ¿Cómo hago para que mis alumnos quieran aprender, cómo hago para que aprovechen lo que les he preparado, cómo logro que lo que hablemos y hagamos durante un curso no termine como letra muerta en un apunte o se olvide tras el registro de una calificación? Es decir, ¿cómo logro que mis alumnos y alumnas disfruten aprendiendo, hagan lo que deben hacer para aprender y comprendan la relevancia, el valor y el sentido que tiene dicho aprendizaje?; de un modo tal, que en lo sucesivo sean capaces de gestionar su propio aprendizaje en cualquier momento y en cualquier lugar; es decir, que sean capaces de aprender a aprender.

El Dr. Manuel Ignacio González Bernal, pone el dedo en este renglón a partir de un concepto sumamente actual que, surgido de la industria de la comunicación y del entretenimiento, se traslada al ámbito de la educación: el engagement; como un constructo multidimensional, que integra las dimensiones cognitiva, afectiva y conductual al proceso de aprendizaje y que conmina al docente a asumir un principio central de la educación que, sin ser algo novedoso, vale la pena reiterar. El proceso educativo, ha de diseñarse e implementarse, teniendo como centro al alumno y, como objetivo, su proceso de aprendizaje y no la implementación de un currículum o la ejecución de una lección.

Esto último puede parecer una obviedad pero no lo es y claramente lo hemos podido constatar ahora que la educación se ha tenido que repensar frente a la emergencia y la inminente incorporación de la tecnología y los sistemas educativos virtuales. Está claro que no es posible la educación sin la voluntad del alumno, conseguir que quiera aprender, que quiera crecer, es la gran tarea; y para ello, es indispensable mantener el engagement. Más aún,

cuando el entorno le confiere mucha mayor autonomía al alumno, como sucede en un ambiente de aprendizaje virtual.

Quizá cada uno podremos conducir estas ideas al ámbito de las políticas públicas, podremos aplicarlas al diseño de modelos institucionales de educación, podremos plasmarlas en el diseño de un programa educativo; pero lo que todos podremos hacer es hacerlas propias y hacerlas vida en el espacio que todos y cada uno tenemos, donde cada uno somos el artista de esa obra y esa es nuestra propia clase, nuestro ejercicio docente. Ahí, siempre tendremos un motivo y una posibilidad para innovar, crear, proponer y aprender.

Por eso creo, que este libro no se limita a nuestra época, pienso que es uno de esos textos que podrá acompañarnos siempre en nuestra encomiable misión educativa, para hacernos caer en la cuenta, siempre que lo necesitemos, de lo que es fundamental y prioritario para quienes hemos elegido la invaluable labor de ayudar al ser humano a crecer, a realizar su vida y con ello hacer crecer su entorno: la educación. La educación universitaria ahora mismo se encuentra en una etapa compleja. La amplia variedad de instituciones, la sobreabundante oferta de programas, distintos todos ellos en su grado de especialización, de su metodología, de su duración, de su enfoque, nos conduce necesariamente a cuestionarnos acerca de si está resolviendo o no las necesidades del mercado laboral, si debería solo enfocarse a resolver esas necesidades o si tiene una naturaleza independiente a las necesidades del mercado; si ha sido superada por la tecnología, por el internet y por plataformas como youtube; si es para todos o solo para algunos. Seguramente responder a todas estas interrogantes, sería motivo de otra publicación, por ello no ahondaremos en su respuesta. Pero lo que sí podemos decir es que las reflexiones que se proponen en este texto, son muy pertinentes para llevarnos a cada uno en lo particular a resolver estas preguntas. Tratar de entender

mejor al ser humano, tratar de comprender mejor la educación, ser sensibles y reflexivos sobre el contexto actual, es algo que todo profesor universitario debe hacer.

Cada uno, somos responsables de formar a los jóvenes que llegan a nuestras aulas (físicas o virtuales) de un modo tal, que sean capaces de resolver los problemas y los retos de nuestra época pero que también quieran y sean capaces de innovar y de conducir los procesos y el desarrollo social, económico y político hacia un rumbo más humano y humanizante. Superar las expectativas de éxito y de bienestar para abrirse a un horizonte de mayor alcance y trascendencia, de realización humana, de felicidad y de bien ser, es un gran reto tanto para el profesor como para el alumno, pero es una necesidad imperiosa si queremos conducir al mundo hacia un rumbo mejor. En ello radica nuestro compromiso social como formadores universitarios y a ello queremos contribuir compartiendo estas ideas tan profundas y clásicas, como innovadoras y retadoras.